

VIAJEROS FRANCESES POR LA CÓRDOBA DEL SIGLO XIX

FRANCISCO AGUAYO EGIDO
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

Ya han sido varios los académicos de esta casa que, desde diversos puntos de vista, han abordado la literatura viajera. Como nuestro recordado amigo Rafael Gracia Boix, quien el día 11 de abril de 1980 dio una conferencia en el Regimiento de Infantería de la Reina n.º 2 con el título “Córdoba a través de escritores extranjeros”, la que posteriormente aparecería publicada en sus *Temas cordobeses*¹. Antonio López Ontiveros la ha tratado desde la perspectiva geográfica, primero sobre el paisaje de Andalucía en 1988 y, después considerando *La imagen geográfica de Córdoba en la literatura viajera de los siglos XVIII y XIX*². Joaquín Moreno Manzano, en la apertura del curso académico 1986-1987, nos ofreció una visión panorámica desde el siglo XV al XIX³. Juan Aranda Doncel ha centrado su atención en los viajeros extranjeros de los siglos XVII y XVIII⁴, así como Enrique Aguilar Gavilán en relación con la colonización carolina⁵. También fue en esta Real Academia donde la investigadora parisina de origen lucentino, Françoise Ávila, expuso su trabajo *De los cantos populares al cante*

¹ R. Gracia Boix: *Temas cordobeses*. Córdoba, Diputación Provincial y Real Academia de Córdoba. 2000, p. 47-61.

² A. López Ontiveros: “El paisaje de Andalucía a través de los viajeros románticos: creación y pervivencia del mito andaluz desde una perspectiva geográfica”. J. Gómez Mendoza y otros: *Viajeros y paisajes*. Madrid, Alianza Editorial, 1988, p. 31-65; “La ciudad de Córdoba según los viajeros del siglo XIX”. *El Pregonero* (Córdoba, diciembre 1989) p. 7 y 8; *La imagen geográfica de Córdoba y su provincia en la literatura viajera de los siglos XVIII y XIX*. Córdoba, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1991; y “Sierra Morena y las Poblaciones Carolinas: su significado en la literatura viajera de los siglos XVIII y XIX”. *Actas VI Congreso Histórico sobre Nuevas Poblaciones: La Carlota, Fuente Palmera, San Sebastián de los Ballesteros, 11 al 14 de mayo de 1994*. Coord. R. Vázquez Lesmes y S. Villas Tinoco. [Sevilla], Junta de Andalucía, [1995], p. 43-95.

³ J. Moreno Manzano: “Visitantes extranjeros de Córdoba. Siglos XV al XIX”. *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, n.º 111 (1986), p. 57-74.

⁴ J. Aranda Doncel: “La Córdoba de los siglos XVII y XVIII a través de los viajeros extranjeros”. *El Barroco en Andalucía*, t. V, Córdoba, 1987, p. 23-39 y “La mezquita de Córdoba a través de los viajeros extranjeros de los siglos XVII y XVIII”. *Homenaje a Manuel Ocaña Jiménez*, Córdoba, 1990, p. 33-39.

⁵ E. Aguilar Gavilán: “La imagen de la Colonización en los relatos de viajeros de los siglos XVIII y XIX”. *Las nuevas poblaciones de España y América: actas del V Congreso Histórico sobre Nuevas Poblaciones: La Luisiana-Cañada del Rosal: 14 al 17 de mayo 1992*. [Sevilla], Consejería de Cultura, D. L. 1994, p. 81-95.

*flamenco: testimonios de viajeros franceses en España durante el siglo XIX*⁶. A ella le agradecemos también el habernos facilitado alguna documentación de difícil acceso.

Por nuestra parte, vamos a considerar los relatos de viajeros franceses del siglo XIX, seleccionando las páginas que reflejan su paso por nuestra ciudad, con el fin de conocer los motivos de su viaje, su primera impresión, su visión general de la ciudad y de los habitantes, así como de la situación económica, fiestas, monumentos y lugares visitados.

Por entonces el viaje a España suponía una aventura con numerosos riesgos. Así lo anunciaba el clérigo Charles Dory:

*“Un mes de vacaciones, algunas economías, bastante fuerza física para hacer frente a un clima extremo, un alma un tanto artista, querido lector, si tiene todo eso, no dude, emprenda el peregrinaje de España.... El trote de las mulas es duro; las tartanas le sacuden despiadadamente; los ferrocarriles son mediocres... Pero... ¡qué importa! Es a un peregrinaje a lo que le invitamos... A cambio, le prometemos emociones variadas y tan intensas que olvidarán de buen grado los cansancios de la carretera”*⁷.

La falta de seguridad en los caminos exigía que los viajeros hubiesen de recurrir frecuentemente a las armas. Desbarolles decía que para viajar por España se necesitaba “un buen fusil y tres francos diarios”, y Custine, para quien la seguridad de nuestros caminos era similar a la de El Cairo o la de Marruecos, observaba cómo los cordobeses paseaban por la ciudad con la carabina bajo el abrigo⁸.

España, y sobre todo Andalucía, se va a convertir durante el XIX en un importante foco de atracción, donde se buscan las raíces románticas, se enaltece todo lo árabe, sus vestigios, sus restos arquitectónicos, su cultura y sus obras de arte. Así mismo, los temas hispánicos van a ocupar un lugar de privilegio en la literatura francesa.

Los relatos de viaje de Alexandre Laborde, del barón Taylor y, sobre todo, de Théophile Gautier crearon una nueva moda del viaje a España que suplanta muy a menudo al viaje a Italia; tal fascinación alcanza incluso a los adolescentes. Una revista parisina de la época se pregunta: ¿en qué sueña una chica de quince años? Y la respuesta es: “Sólo sueña con peleas, viajes como Byron, Lamartine, Musset y George Sand. Italia, España, Toledo, Venecia, las sierras, las lagunas, las Andalucías, los sombreros y los bandidos”. Por otra parte, miles de franceses se ven obligados a intervenir en la invasión napoleónica de 1808 y olas de refugiados españoles huyen hacia Francia, víctimas de la represión de los regímenes absolutistas. Además, la intervención de los Cien Mil Hijos de San Luis en 1823 hace que la oposición liberal reaccione con panfletos, canciones y artículos de periódicos que sensibilizan a la opinión pública francesa⁹.

Pero, ¿qué motivos impulsan a los viajeros del siglo XIX a visitarnos, teniendo que soportar aquel peregrinaje nada confortable? De los más variados. Según Custine, salir “de París únicamente por admirar la catedral de Córdoba” ya sería más que suficiente

⁶ Françoise Ávila: “De los cantos populares al cante flamenco: testimonios de viajeros franceses en España durante el siglo XIX”. *Boletín de la Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes*. Córdoba, Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, Año LXXXI, n.º 142 (en-jun. 2002) p. 295-307.

⁷ Charles Dory: *L'Espagne. Notes d'un pèlerin*. Charolles, Lambrot 1881, p. 5 y 6.

⁸ Astolphe Custine: *L'Espagne sous Ferdinand VII*, Bruxelles, Wahlen y Co., 1858, París 1991, (1.ª Ed. 1831), t. II, p. 179, 180 y 182.

⁹ Jean René Aymes: *L'Espagne romantique, témoignage de voyageurs français*. París, Éditions A. Métailié, 1983, p. 8 y 9.

para efectuar “un viaje razonable”. Él prefiere emplear su dinero “en escoltas contra los bandidos románticos, para ver la Alhambra o para oír tocar la guitarra bajo el pórtico de una casa elegante”. Y reconoce también que “la idea del peligro” le “aumenta el placer de la ruta”; es una “ilusión semejante a la que produce la lectura de un poema”. Por ello, al salir de Córdoba exclamará: “aquí nada parece pasar en balde. La vida no es insípida como entre nosotros, sino que se compone de incidentes calculados para el drama, para ese drama en que todo el mundo es actor”¹⁰. Charles Graux aconseja venir al Sur y, “sobre todo, a Andalucía” para saber “lo que es una población viva”¹¹. Chevalier tanto “para interrogar y saludar a la noble España” como para estudiar sus incomparables monumentos¹². Rosny viaja a España, “con la esperanza de descubrir algunos de esos rarísimos manuscritos compuestos por los indios del Nuevo Mundo antes del descubrimiento”¹³. La condesa de Robersat viene a la búsqueda de un clima más templado por prescripción de sus médicos.

El barón de Taylor hace el viaje con la pretensión de comprar obras de arte. Adquirió más de cuatrocientas, las cuales pasarían al museo del Louvre en 1838.

Estas son algunas de las razones por las que los viajeros del siglo XIX vienen a visitarnos. Existieron muchos otros motivos en los siglos anteriores. Ya, a mediados del año 858, los monjes Usuard y Odilard llegan a nuestra ciudad recomendados por Ataúlfo, obispo de Barcelona, con el proyecto de llevar a su monasterio de Saint-Germain-des-Près algunos cuerpos de mártires de la persecución musulmana. Aunque no pudieron encontrar el de san Vicente, objetivo primordial de su viaje, con la ayuda del abad Sansón consiguieron el cuerpo completo de san Jorge, el cuerpo sin cabeza de san Aurelio y la cabeza de santa Sabigoto o Natalia. Para salir de Córdoba aprovecharon una expedición de Mohammed I contra Toledo¹⁴.

Vayamos a comienzos del XIX, cuando numerosos franceses intervienen en la Guerra de la Independencia, ya que Córdoba será “de las primeras ciudades de España que se opusieron al paso del ejército francés”, a pesar de encontrarse mal armada y peor equipada¹⁵. El asalto y saqueo de las tropas napoleónicas durante los días 7, 8 y 9 de junio de 1808 es referido por autores como Amade¹⁶, Dupont de l'Étang¹⁷, Belmas¹⁸,

¹⁰ Custine: *op. cit.*, p. 170, 182, 184, 185 y 190.

¹¹ Charles Graux: “Correspondance d'Espagne”. *Revue Hispanique*, New York, 1962, t. 13, p. 310, 420 y 421.

¹² Ulysse Chevalier: *Souvenirs d'une excursion archéologique en Espagne...* Lyon, Emmanuel Vitte, 1892, p. 5.

¹³ Léon de Rosny: *Viajes de extranjeros por España y Portugal desde los tiempos remotos hasta comienzos del siglo XX*. (Traducción y notas de J. García Mercadal). [Valladolid], Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, 1999, vol VI, p. 573.

¹⁴ Père B. de Gaiffier: “Les notices hispaniques dans le martyrologue d'Usuard”. *Analecta Bollandiana*, LV, 1937, p. 268-283.

¹⁵ M. A. Orti Belmonte: *Córdoba durante la guerra de la Independencia 1808-1813*. Córdoba, 1930, p. 32.

¹⁶ Amade: *Voyage en Espagne, ou lettres philosophiques contenant l'histoire générale des dernières guerres de la Péninsule; par M. Amade, ancien Commissaire des guerres adjoint*. París, Encelin et Pochart, 1822, t. I, p. 269, 270 y 272.

¹⁷ De la *Collection des mémoires relatifs aux révolutions d'Espagne*, la obra *Relation de la Campagne de l'Andalousie en 1808* (París, 1824, tomo II, p. 20-33), se le atribuye al general Pierre Dupont de l'Étang. En otro libro de este autor, *Lettre sur l'Espagne en 1808*. París, Ladvocat, 1823, p. 10-12.

¹⁸ Jacques Vital Belmas: *Journaux des sièges faits ou soutenus par les Français dans la Péninsule, de 1807 à 1814*. París, Fermin Didot, 1836 t. I, p. 16.

Bergeron¹⁹, Chevillard²⁰ o Laurencie²¹; mas es precisamente en la *Relation de la campagne de l'Andalousie 1808*, obra atribuida al general Dupont, donde encontramos la información más detallada del paso del ejército francés por Alcolea, de su fácil entrada en Córdoba, donde “al asesinato y al pillaje pronto se unieron la violación de las mujeres, de las vírgenes y de las religiosas, y del robo de los vasos sagrados en las iglesias”²².

Con respecto a la visita efectuada a nuestra ciudad por José Bonaparte el 26 de enero de 1810, Bory de Saint-Vincent describe la solemne procesión del Cabildo catedralicio que acompaña al monarca desde el palacio episcopal hasta la Catedral. Considera este autor el frío recibimiento²³, mientras que para Miot de Melito²⁴ y para Fée se desarrolló con gran entusiasmo del pueblo²⁵. Ramírez de las Casas, en sus *Memorias*, nos narra una recepción triunfal por parte del Ayuntamiento y del clero, en la que el rey “intruso” reconoce ser mejor tratado que en el resto de ciudades de España, debido a que “Córdoba tenía más miedo que las otras”. También nos refiere cómo tal visita real puso en apuros al fundador de esta Real Academia, D. Manuel María de Arjona, por haber dedicado una oda a la victoria española en Bailén.²⁶

Una vez considerado este trágico episodio bélico de los comienzos del XIX, veamos cómo reflejan los viajeros franceses su primer encuentro con la ciudad y el retrato que de ella hacen.

Pierre Paris, al llegar a Córdoba con su bicicleta rota el 22 de abril de 1895, recuerda su visita de 1887: “La primera impresión no se ha debilitado – el puente del Guadalquivir, la placita rococó con su caballo y su león extraordinario, las calles... tortuosas...”²⁷. Davillier, al pasar la Calahorra y atravesar el puente, encuentra una ciudad “magnífica”, como compensación a un penoso viaje en ferrocarril, que le hizo “echar de menos los buenos tiempos de las diligencias”²⁸; mientras que para Lemesle es un “gran pueblo de apariencia morisca”²⁹, el viajero que firma con las iniciales G. H. le encuentra un “aspecto de barbarie musulmana fatal como la muerte”, al mismo tiempo que “huele a pólvora, guerra de calle y feroces represalias”. Para él “Córdoba dormita, sin ruido... en el silencio casi sepulcral de la gloria pasada. Es una especie de

¹⁹ Louis Bergeron: *Campagnes d'Espagne et de Portugal sous l'Empire*. París, Bibliothèque Populaire, 1833, p. 34-36.

²⁰ J. B. Chevillard: «Souvenirs d'Espagne (1808-1809)». Dominique Védel: *Relations de la campagne d'Andalousie 1808*. París, la Vouivre, 1999, p. 83-84.

²¹ Lionel de la Laurencie: *España. Simples esquisses*. París, A. Lemerre, 1890, p. 46-47.

²² *Relation de la Campagne de l'Andalousie en 1808*, p. 20-33. Sin embargo, en la *Lettre sur l'Espagne en 1808* Dupont afirma que después de cuatro horas de combate se restableció el orden y se devolvió la seguridad a los habitantes, confiándose el mando policial de la ciudad al general Laplane (p. 12).

²³ Jean Baptiste Bory de Saint-Vincent: *Guide du voyageur en Espagne*. París, Louis Janet, 1823, p. 556 y 557.

²⁴ A. F. Miot de Mérito: *Mémoires du comte Miot de Mérito, ancien ministre, ambassadeur, conseiller d'État et membre de l'Institut*. París, Michel Lévy Frères, 1858, t. III, p. 90.

²⁵ A. L. A. Fée: *Souvenirs de la guerre d'Espagne, dite de l'Indépendance, 1809-1813....* París, Veuve Berger Levraut et fils, 1856, p. 59.

²⁶ J. Naveros Sánchez: *El fundador de la Real Academia de Córdoba. D. Manuel María Arjona y Cubas (1771-1820)*. Córdoba, Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, MCMXCI, p. 96 y 97.

²⁷ Pierre Paris: *L'Espagne de 1895 et 1897. Journal de voyage*. Burdeos, Maison des pays ibériques, 1979, p. 54.

²⁸ Jean Charles Davillier: *L'Espagne*. París, Hachette, 1874, p. 437 y 438.

²⁹ R. F. Lemesle: *Une pointe en Espagne*. París, Pillet et Dumoulin, 1882, p. 37.

necrópolis blanca inundada de sol y de polvo”³⁰. También Imbert se siente sofocado por un “olor inquisitorial” al visitar en una prisión moderna la antigua cámara de las torturas³¹.

Aspecto más africano que cualquier otra ciudad, nos dirán Boileau (“la más africana de todas las ciudades españolas”)³², Flat (“Córdoba siguió siendo esencialmente antigua, y dudo que en ningún otro país de España el aspecto africano pueda ser más sorprendente”)³³ y Gautier, quien a su llegada a Córdoba ha de esperar a que abran las puertas de la Calahorra y, entre tanto, ve:

“una gran cantidad de carretas de bueyes majestuosamente tocados con tiaras de esparto amarillo y rojo, mulos y burros blancos cargados de paja trillada, campesinos con sombreros de forma cónica y vestidos con sus capas de lana parda cayendo por delante y por detrás como una capa de sacerdote y colocada pasando la cabeza por un agujero abierto en medio de la tela...”³⁴.

Agradable y pintoresca aparece a los ojos de Eschenauer³⁵, Quétin³⁶, Miot de Melito³⁷ y Lemesle, quien la describe como un delicioso panorama:

“A nuestros pies vastas y verdes praderas, regadas por un hermoso río que desaparecía a la izquierda en el vapor; a la derecha un magnífico puente defendido por una hermosa torre pintoresca; al frente, más allá del río, una considerable ciudad rodeada de murallas sobre una alta colina; después una llanura en anfiteatro con veintidós carretas en acción, uncidas de bueyes cuya silueta se destacaba a veces en el cielo rosa de la mañana. Es preciso haber tenido los ojos cansados durante quince días por ardientes arenas, sin la menor verdura en que pueda descansar el ojo, para comprender el placer que causa semejante cuadro; estábamos encantados. Era Córdoba, la ciudad santa y el Guadalquivir”³⁸.

Un compañero de Quinet prorrumpe con un grito de exclamación (¡Córdoba!) al ver la ciudad, como “una perla al borde de un río”, con una emoción superior a la del peregrino que ve La Meca por primera vez; reconoce que “ninguna ciudad de Grecia, ni siquiera Atenas,” le había impresionado tanto³⁹. Robida, en su primera mirada, ve “cactus, naranjos, flores y casas blancas” en una Córdoba que para él “es un inmenso ramo de flores en medio del cual se han arrojado algunos millares de casas deslumbrantes”⁴⁰; primera visión completamente diferente será la de Rosny, que descubre nuestra ciudad en un itinerario nocturno con la ayuda de los serenos⁴¹; y sólo en Boileau hemos observado un primer encuentro desagradable: “Al salir de la estación fuimos asaltados por una turba de mozos de cordel, de comisionistas y de cocheros, cada uno intentando arrancarnos de las manos nuestros paquetes”⁴².

Pero, ¿cuál es la descripción general de la ciudad que aparece en los relatos? Como

³⁰ G. H. : *Notes et impressions à travers l'Espagne*. París, 1889, p. 82 y 86.

³¹ P. L. Imbert: *L'Espagne, splendeurs et misères. Voyage artistique et littéraire*. París, Plon, 1875, p. 101.

³² Lucien Boileau: *Voyage pratique d'un touriste en Espagne*. París, E. Dentu, 1889, p. 86 y 87.

³³ Paul Flat: *Paul Flat. L'art en Espagne*. París, Alphonse Lemarre, 1891, p. 36.

³⁴ Gautier: *Viaje a España*. Madrid, Ediciones Cátedra S. A., 1998, p. 321 y 322.

³⁵ Auguste Eschenauer: *L'Espagne, impressions et souvenirs, 1880 et 1881...* París, Paul Ollendorff, 1882, p. 431.

³⁶ Quétin: *Guide en Espagne et en Portugal...* París, Librairie de Maison, 1841, p. 388.

³⁷ Miot de Mérito: *op. cit.*, t. III, p. 90.

³⁸ Lemesle: *op. cit.*, p. 37.

³⁹ Edgard Quinet: *Mes vacances en Espagne*. París, Pagnerre, Libraire-Éditeur, 1857, p. 204 y 205.

⁴⁰ Albert Robida: *Les vieilles villes d'Espagne. Notes et souvenirs*. París, Maurice Dreyfous, 1880, p. 151.

⁴¹ Léon de Rosny: *op. cit.*, p. 653.

⁴² Boileau: *op. cit.*, p. 81 y 82.

ya nos ha hecho ver el profesor López Ontiveros, los viajeros del XIX vienen buscando el “paraíso” de Andalucía, en el que descubren una Córdoba que aún conserva su estilo oriental, así como unos usos y costumbres muy diferentes de los del resto de Europa. Con un clima y una situación geográfica favorables, nuestra ciudad ofrece una vegetación exótica donde proliferan la palmera, el naranjo, el limonero o el olivo⁴³.

Ya a principios de siglo el conde Alejandro Laborde nos ofrece una descripción general a la que poco añadirán autores posteriores:

“Está situada en un paraje delicioso al pie de altas montañas, a la entrada de una gran llanura, sobre la orilla septentrional del Guadalquivir, que corre a lo largo de sus muros en forma de media luna. Dichas montañas, aunque escarpadas, están llenas de huertas, viñas, olivos y árboles frutales, particularmente naranjas y limones, que embalsama el aire con olores agradables”⁴⁴.

Vendrán otros viajeros que pongan el acento en el clima y en la agricultura por la que, según Graux, “Córdoba se está haciendo muy rica”⁴⁵. “Un feliz clima y una tierra fértil” con unas tierras bien cultivadas, dirá Miot de Melito⁴⁶. Agricultura floreciente, en la que Maisons ve “por todas partes canales bien mantenidos” y sistemas de riego, heredados de los moros⁴⁷. Más poéticamente Laurencie observa cómo “duerme languidecida en medio de trigos verdosos, al pie de suaves colinas que vienen a morir en el Oued-el-Kébir”⁴⁸.

Rosseeuw Saint-Hilaire se pasea durante tres días por las laderas que rodean a la ciudad; aunque la campiña ha quedado afectada por la larga sequía de aquel año, cambia el paisaje en la sierra que “se impregna de una belleza campestre y a la vez grandiosa”. Lujo de vegetación que “resalta más vivamente aún por el contraste de numerosos pequeños caseríos resplandecientes de blancura, y perdidos, como nidos bajo el follaje, en medio del negro verdor de los naranjos”⁴⁹. Para Lheureux es “la más rica campiña de España... en medio de poblaciones arruinadas y hambrientas”⁵⁰.

Reminiscencias árabes y recuerdos históricos abundan en escritores como Laurencie⁵¹ o Davillier, quienes la recuerdan en su época de mayor esplendor⁵². Morisca aparece también a los ojos de viajeros como Lemesle⁵³, Lheureux⁵⁴ y Stroelin⁵⁵.

“Si Córdoba es profundamente cristiana en el corazón”, nos dirá Dory, “su fisonomía

⁴³ A. López Ontiveros: “El paisaje de Andalucía a través de los viajeros románticos...”, p. 40.

⁴⁴ Alexandre Laborde: *Itinerario descriptivo de las Provincias de España y de sus Islas y Posesiones en el Mediterráneo; con una sucinta idea de su situación geográfica, población, historia civil y natural, agricultura, comercio, industria, hombres célebres, carácter y costumbres de sus habitantes, y otras noticias que amenizan su lectura*. Valencia, Imprenta de Alfonso Mompí, 1816, p. 413.

⁴⁵ Graux: *op. cit.*, p. 47.

⁴⁶ Miot de Mérito: *op. cit.*, p. 90.

⁴⁷ Conde Robert des Maisons: *Une pointe en Espagne, en Portugal et au Maroc* (1868). Rouen, Léon Deshayes, 1876, p. 169 y 170.

⁴⁸ Laurencie: *op. cit.*, p. 47.

⁴⁹ Eugène Rosseeuw Saint-Hilaire: “Cordoue”. *Revue de Paris*, 1837, vol. 11-12, p. 117 y 118.

⁵⁰ Achille-Armand Lheureux y Charles Furne: *Voyage de deux amis en Espagne, 1834*. París, H. Fournier, 1834, p. 52 y 53.

⁵¹ Laurencie: *op. cit.*, p. 51 y 52.

⁵² Davillier: *op. cit.*, 437.

⁵³ Lemesle: *op. cit.*, p. 37.

⁵⁴ Lheureux: *op. cit.*, p. 52 y 53.

⁵⁵ Ernest Stroelin: “Souvenirs d’Espagne, Séville, Grenade, Cordoue, Tolède, Madrid”. *Le Globe*, Société Géographique de Genève, XXXII, 1893-1894, p. 149.

exterior es completamente morisca: estrechas calles, montuosas, cruzándose en todos los sentidos, verdadero laberinto”⁵⁶.

Carácter oriental observado también por Maisons y por Poitou; si bien el primero cree que Córdoba “tiene como un perfume de su país original” y que “ofrece algún parecido con Damasco”⁵⁷, para el segundo “ni El Cairo ni Damasco” pueden mostrar un monumento tan maravilloso como la Mezquita de Córdoba, muy superior a la de Amrou en El Cairo⁵⁸. El parecido con Damasco lo sigue encontrando en la actualidad el poeta árabe Nizar Qabbani, nacido en la capital siria:

*“Por las calles de Córdoba,
a menudo,
me he metido la mano en el bolsillo
para sacar la llave de mi casa
en Damasco...
Las aldabas de cobre de las puertas
Las macetas de dalias y de lilas
Las albercas del centro, como la azul pupila de la casa
Los jazmines que trepan a la alcoba
y nos caen por encima de los hombros
La fuente, que es la niña mimada de la casa,
y canta sin descanso
y arriba, las alcobas
¡oh, qué gratos refugios de frescor!
Todo,
todo el mundo dichoso y perfumado
que rodeó mi infancia de Damasco, me lo he encontrado aquí...”*⁵⁹

Para Claretie es Andalucía la que se desvela en Córdoba, como un “Oriente suavizado”; encantado contempla la “ciudad abandonada, que parece haber dormitado durante siglos” y que comienza a despertar: “¡Qué silencio por todas partes y qué tristeza! Encerrada en sus altas murallas, Córdoba, la ciudad del Islam, parece asfixiarse bajo el rodillo católico. Ella es siempre la ciudad conquistada. Parece que los moros la dejaron ayer”⁶⁰; según Poitou, a pesar de ser una “ciudad muerta”, donde “la hierba crece en las calles silenciosas” y “la mitad de las casas parecen desiertas”, Córdoba ha conservado su fisonomía y la huella profunda de la civilización que en ella floreció⁶¹.

Es para Porcher una maravilla de ciudad, “verdadero museo de todo un pasado de gloria y de belleza. Museo por todo lo que encierra de recuerdos, museo por el silencio de sus casas cerradas, museo por el recogimiento que invade el alma, mientras que recorreremos sus calles solitarias...”. Aunque el silencio reina en sus calles desiertas, “Córdoba es bella todavía, pues aún conserva su cielo azul, su claro sol, sus patios embalsamados, la grandeza de su soberbio río, sus jardines de naranjos y de rosas, la

⁵⁶ Dory: *op. cit.*, p. 89.

⁵⁷ Maisons: *op. cit.*, p. 170.

⁵⁸ Eugène Poitou: *Voyage en Espagne*. Tours, Alfred Mame et Fils, 1869, p. 51.

⁵⁹ “15 siglos de poesía árabe”. *Litoral. Revista de la Poesía y el Pensamiento*. Dirigida por José María Amado y Lorenzo Saval. Málaga, Ediciones Litoral, 1968, p. 363 y 364.

⁶⁰ Jules Claretie: *Journées de voyage. Espagne et France*. París, Alphonse Lemerre, 1870, p. 279 y 280.

⁶¹ Poitou: *op. cit.*, p. 48.

prodigiosa columnata de su Mezquita. Y los siglos pasados han dado por añadidura a esta belleza un carácter de majestad melancólica⁶².

Algunos viajeros llegan a experimentar una profunda emoción, al contemplar el paisaje, y a veces les hace estallar en piropos a nuestra ciudad. Así Bégin exclama: “Pero, ¡qué campo! ¡Qué gracia de ondulaciones en el último pliegue de la Sierra Morena, que viene a mezclar sus ramos perfumados con los ramos de casas agrupadas en la colina! Como un esposo fiel al lecho nupcial, el Guadalquivir acaricia aún, así como lo hacía en otros tiempos, a su ciudad bien amada”⁶³. Por su parte, Belloc la ve desde lo alto de la Sierra, admirando su aspecto encantador: “delicias del espíritu, del corazón y de la imaginación”, “paraíso de Mahoma o paraíso terrenal”. Y describe su rico paisaje que contrasta con su pobre situación económica⁶⁴.

Laurencie dibuja Córdoba con pinceladas poéticas:

*“Surge del tropel de las casas blancas, del laberinto de las calles embrolladas, en una majestad fría, gris, un poco mate, con sus largas fachadas taladradas de raras celosías, sobre las que se abre, extrañadamente mística, la rosa de Mahoma, y sus hileras de almenas dentadas se elevan claramente en el cielo”*⁶⁵.

Y cuando sube a lo alto de la torre de la Catedral:

“Desde su cúspide se planea sobre la blanca Córdoba, verdadero bloque de cal, en el cual se habría cortado una red complicada de callejuelas, corredores y callejones sin salida. Parece que un insecto, titubeando, la haya recorrido en todos los sentidos, figurando los dibujos raros y embrollados que se descubren sobre las viejas maderas, y de la gran mancha cretácea toda estriada de calles vacilantes, disimuladas, tímidas de aspecto, sobresalen por acá y por allá el elegante plumaje de las palmeras y las rosadas flores de los laureles.

¡Qué silencio en esta ciudad que deslumbra de sol, en esas estrechas y solitarias callejuelas, pavimentadas con grandes piedras ariscas entre las cuales la hierba crece melancólica!

Los miradores se surten de flores; los geranios, los claveles fulgurantes se levantan como manchas sangrientas sobre las murallas blanqueadas con cal; la calma, una paz taciturna y adormecida reinan tras las verjas sutilmente trabajadas que cierran patios apacibles, perfumados y floridos.

*A veces en una ventana, una brusca aparición surge en medio de las rosas; dos ojos de terciopelo examinan furtivamente la callejuela, esperando al novio que llega con retraso; luego en el cruce una capa oscura avanza con pasos rápidos; la ventana se vuelve a cerrar, y el extranjero se va, con el corazón algo triste, celoso de la felicidad íntima que entrevió”*⁶⁶.

Son muchos los viajeros que, al describir la fisonomía exterior de la ciudad, se fijan sobre todo en sus casas y sus calles. Al verlas recuerdan otras ciudades de España o del mundo con las cuales establecen diferencias. Así Bazin escribe que “Córdoba es Toledo sin su paisaje, un Toledo de llanura”. En ambas ve “callejuelas sinuosas y complicadas, empedradas con guijarros puntiagudos y losas en los dos lados, los mismos blancos patios, desiertos, con una fuente de mármol divisada a través de las

⁶² Jacques Porcher : *À travers le monde*, n.º 24 (17 de junio de 1899), París, Hachette, p. 186 y 188.

⁶³ Émile Bégin: *Voyage pittoresque en Espagne et en Portugal*. París, Bélin-Leprieur et Morizot, 1852, p. 440.

⁶⁴ J. T. de Belloc: *L'Espagne et l'Andalousie*. París, René Haton, 1890, p. 107-113.

⁶⁵ Laurencie: *op. cit.*, p. 54.

⁶⁶ *Ibidem*, p. 62 y 63.

verjas”; mas la impresión general de Toledo es de “una ciudad antigua”, mientras que Córdoba la encuentra “marchita”⁶⁷. Davillier, que la había imaginado como una antigua ciudad medieval, del tipo de Toledo o Ávila, en la que esperaba encontrar muchos monumentos árabes, queda decepcionado al ver casas modernas uniformemente encaladas, pero percibe “un aspecto de limpieza que atrae las miradas”⁶⁸. Comparada con otras ciudades andaluzas, para Cuendias “vale más que Jaén, por ser “una de las más bellas provincias de Andalucía” en la que no faltan “los recuerdos históricos, los monumentos y las observaciones sobre las costumbres, sobre los trajes de los andaluces”⁶⁹. También Stroelin la considera superior a Sevilla y a Granada, pues “Córdoba brilla con viva luz en el florecimiento que tomaron en España las ciencias y las artes bajo el dominio árabe”. Y recurre a las palabras de un antiguo poeta para llamarla “novia de Andalucía”, dotada de “toda la belleza y todos los adornos que encantan al ojo y deslumbran la mirada”⁷⁰.

Al hablar de las calles, los epítetos tortuosas, desiertas y estrechas serán los más utilizados, destacando así su carácter morisco o africano, que Flat también descubre en otros detalles:

“Todas en pendiente hacia el Guadalquivir; no se ve en ellas un solo vehículo, sino simplemente mulos y asnos con sus serones y el conductor indolentemente sentado a través. En las esquinas de las calles grandes perros flacos, con las orejas caídas, en los que se reconoce al momento su origen oriental y el parentesco con el zorro...⁷¹.”

El estado de las calles en el siglo XIX, continuando con la herencia medieval, sigue siendo similar al de las centurias anteriores, tal como observa Juan Aranda en los viajeros del XVII y XVIII que hablan de calles estrechas, tortuosas, sucias y mal empedradas⁷². Sólo Rosny, que visita nuestra ciudad a finales del XIX, encuentra además de las calles estrechas e irregulares, otras anchas y rectilíneas⁷³. Algunos, como Dory⁷⁴, Quinet⁷⁵ o Robida⁷⁶, las ven incluso laberínticas; o también “angostas, sinuosas, horriblemente pavimentadas, donde el aire penetra alguna vez y el sol raramente”, refleja G. H.⁷⁷. Mala pavimentación, también observada por Taylor⁷⁸, a la que Custine añade la suciedad, que dejan burros y mulos “cargados de haces de trigo verde que se venden en las encrucijadas y en las plazas”⁷⁹. La viajera Brinckmann lo acentúa más: “Sus calles, como en todas las ciudades habitadas por los árabes, son estrechas y tortuosas, horrorosamente sucias”⁸⁰; mas es una “tristeza desesperante” y una “calma

⁶⁷ René Bazin: *Terre d'Espagne*. París, Calmann Lévy, 1896 (4.ª ed.) p. 221 y 222.

⁶⁸ Davillier : *op. cit.*, p. 438.

⁶⁹ Manuel Galo de Cuendias y Victor Féréal (seudónimo de Mme. de Suberwick): *L'Espagne pittoresque, artistique et monumentale. Moeurs, usages et costumes*. París, Librairie Ethnographique, 1848, p. 319.

⁷⁰ Stroelin: *op. cit.*, p. 156.

⁷¹ Flat: *op. cit.*, p. 23, 36 y 37.

⁷² J. Aranda Doncel: “La Córdoba de los siglos XVII y XVIII a través de los viajeros extranjeros”. *El Barroco en Andalucía*, t. V, Córdoba, Universidad, 1987, p. 25.

⁷³ Rosny: *op. cit.*, p. 655.

⁷⁴ Dory : *op. cit.*, p. 82.

⁷⁵ Quinet: *op. cit.*, p. 203 y 204.

⁷⁶ Robida: *op. cit.*, p. 152.

⁷⁷ G. H.: *op. cit.*, p. 82.

⁷⁸ Isidore Taylor: *Voyage pittoresque en Espagne*. París, Gide, 1826-1832, p. 166.

⁷⁹ Custine: *op. cit.*, p. 179.

⁸⁰ Madame de Brinckmann: *Promenades en Espagne pendant les années 1849 et 1850*. París, Franck, 1852, p. 126.

taciturna” lo que encontrará Boileau en las calles cordobesas⁸¹. De igual modo, Díaz la ve como una “ciudad triste con calles estrechas, tortuosas y desérticas, pavimentada con guijarros puntiagudos”⁸².

Por su parte, Porcher, refiriéndose a las casas, además de sus colores nos habla de su escasa altura:

*“Las casas, bajas, ya completamente blancas, ya mitad y mitad rosa, mitad y mitad verde pálido, tienen raras ventanas con balcones o miradores. Pero por las puertas, que sólo cierran verjas de hierro forjado, se perciben patios interiores enlosados con mármoles, bordeados de columnas y refrescados por un surtidor. Naranjos y limoneros cargados de frutos, palmeras, granados y adelfas hacen de estos patios verdaderos jardines. Los pasillos que conducen a ellos tienen revestimientos de azulejos blancos y azules, o bien de mosaicos. Y nos creemos transportados a una ciudad de Oriente cuando, marchando por la fresca sombra de las calles estrechas, uno ve por encima de su cabeza un trocito de cielo de un azul intenso, ante sí algún paño de muro de un blanco crudo bajo el sol, y que se respira el dulce olor del naranjo que la brisa trae de un patio vecino”*⁸³.

A Rosny, que también tiene en cuenta la altura, le llama la atención el cactus gigante de la calle Conde de Gondomar:

*“Las casas son generalmente poco elevadas, y apenas si cuentan con uno y, a veces, dos pisos. La mayor parte están adornadas con miradores, especie de jaulas vidriadas que salen sobre las aceras. En las partes excéntricas están rodeadas de jardines”*⁸⁴.

Por fin, Robida refiere que son la calle Carnicerías y la de la Feria⁸⁵ las más animadas⁸⁶, mientras que para Lheureux es la plaza de La Corredera:

*“Nuestro cicerone nos condujo a una gran plaza con pórticos cuya fisonomía mercantil tiene algunas relaciones con la de los Piliers de la Halle, en París. Allí se encuentran los mercaderes de comestibles para el pueblo llano. Numerosas sartenes de freír reciben a su vez carnes, pescados y legumbres, y extienden por el aire un vapor que os destroza la garganta. Sin embargo, es allí donde se reúnen los ciudadanos de Córdoba, quienes, hacia la tarde, vienen a comentar las noticias del día; hay que verlos en grupos de cinco o seis, de pie, inmóviles, con el abrigo oscuro al hombro, el sombrero puntiagudo sobre la cabeza, fumando el cigarrillo, y hablando por turno con gravedad. Una uniformidad de sonidos, que contrastan mucho con las ruidosas charlas francesas”*⁸⁷.

Quienes llegan a la ciudad en época estival, además de hablar de las delicias de Córdoba, aluden al intenso calor que en ella soportan. Cuando visitaba Toledo el viajero Cordier, al verlo tiritar un guía ante el pórtico de S. Juan de los Reyes, le advierte: “Una vez que llegue a Córdoba se ahogará de calor”⁸⁸. G. H., ve a los viajeros que llegan en el tren “teniendo la perspectiva de asarse un día o dos bajo el sol de Córdoba, uno de

⁸¹ Boileau: *op. cit.*, p. 87.

⁸² Edouard Diaz: *L'Espagne picaresque*. París, A. Charles, 1897, p. 147 y 148.

⁸³ Jacques Porcher: *À travers le monde*, n.º 24, 17 de junio de 1899, París, Hachette, p. 186.

⁸⁴ Rosny: *op. cit.*, p. 655.

⁸⁵ Actuales Alfaros y San Fernando, respectivamente.

⁸⁶ Robida: *op. cit.*, p. 179 y 180.

⁸⁷ Lheureux: *op. cit.*, p. 5.

⁸⁸ Alphonse Cordier: *À travers la France, l'Italie, la Suisse et l'Espagne, 1865 et 1866...* París, J. Vermot et Cie., 1866, p. 304 y 305.

los más cálidos de España”⁸⁹; así mismo Gautier⁹⁰ o Davillier, quien a “la hora del calor fuerte”, observa que los habitantes parecen haber abandonado la ciudad⁹¹. Claretie se atreve a recorrer las calles desiertas “afrontando los rayos de junio, con la cabeza cubierta por uno de esos quepis de tela blanca” que lucían los oficiales del ejército de las Indias, pues cree que, sin estas precauciones, caería fulgurado en esas callejuelas cuyos adoquines “queman las suelas”⁹². Pero la estructura de las calles ayuda, como observa Chevalier: “El calor es muy fuerte: 40 grados a la sombra. Se comprende la ventaja de las calles estrechas y tortuosas para preservar del sol y facilitar la colocación de los tendidos”⁹³.

Con respecto a los habitantes de la ciudad, los viajeros nos aportan cifras que oscilan desde los 30.000 a los 60.000⁹⁴, no siempre acertadas si las contrastamos con las que nos ofrece Arjona Castro⁹⁵. De los cordobeses, nos dirá Lheureux, “la mayor parte son pobres y tanto más orgullosos; todos, excesivamente tristes y silenciosos, viven en esta ciudad perezosa donde el ruido de los trabajadores raramente se deja oír. El obispo distribuye cada día nueve mil cuarterones de pan a otros tantos individuos, y como la distribución tiene lugar un día para los hombres y otro para las mujeres, podemos evaluar el número de pobres en dieciocho mil; es verdad que los campos circundantes proveen a muchos y que la cosecha este año ha sido muy mala”⁹⁶.

Dejándose influir por la opinión del autor español Isidoro de Antillón, Bory de Saint-Vincent considera que los cordobeses “carecen de cortesía, de sociedad y de educación, y que la nobleza es del mismo estilo”⁹⁷; mas el marqués de Custine los ve como “árabes bautizados” para quienes “las mujeres se muestran menos en público y viven más separadas de los hombres que en el resto de Europa, reclusión que... duplica el efecto de sus encantos y de sus coqueterías. Las ventanas de sus casas están enrejadas, así como los balcones... están emparrados... Aquí las mujeres son seres raros, objetos preciosos guardados como el tesoro de un avaro”⁹⁸. Este mismo autor, en 1838, refleja el miedo existente entre los habitantes de la ciudad: “No hace más que veinte años, pasaba por estar habitada por una nobleza rica y alegre, a la que le agradaba ostentar toda clase de lujo. Hoy, cada uno vive encerrado en su casa: las tertulias se reducen al más pequeño círculo de familia; se huye de los amigos, se teme incluso a los padres; cada uno teme ser llamado a responder de otro; se desearía vivir sólo y se acabará matándose de miedo a comprometerse”⁹⁹.

Barrès, mientras espera en la siesta la apertura de la Mezquita, descubre la seducción de la mujer cordobesa: “cada mujer nos asesina con una mirada y con una ondulación de sus mortíferas caderas”, en una ciudad “mezcla de leyendas romanas y moriscas”¹⁰⁰.

⁸⁹ G. H.: *op. cit.*, p. 80 y 81.

⁹⁰ Gautier: *op. cit.*, p. 330.

⁹¹ Davillier: *op. cit.*, p. 438.

⁹² Claretie: *op. cit.*, p. 279.

⁹³ Chevalier: *op. cit.*, p. 26.

⁹⁴ Bégin (60), Belloc (30), Bory (40), Boileau (42) Cordier (40), Dory (40), Eschenauer (50), Fée (50), Guénot (43), Laborde (20), Lemesle (de 50 a 60), Lheureux (50), Poitou (40), Porcher (50), Reclus (30), Rosny (40), Saint-Vincent (40), Taylor (45), Ulbach (42).

⁹⁵ A. Arjona Castro: *La población de Córdoba en el siglo XIX*. Córdoba, Universidad de Córdoba. Instituto de Historia de Andalucía, 1979, p. 176 y 177.

⁹⁶ Lheureux: *op. cit.*, p. 52.

⁹⁷ Bory de Saint-Vincent: *op. cit.*, p. 557.

⁹⁸ Custine: *op. cit.*, 185.

⁹⁹ *Ibidem*, p. 191.

¹⁰⁰ Barrès: *Du sang, de la volupté et de la mort*. París, Librairie Plon, 1921 (1.^a ed. 1892), p. 148.

Similar es la visión de Porcher: “Esas mujeres, de tez muy morena, de largos ojos negros, que me lanzan al pasar una mirada de lado, tienen la gracia lánguida de las orientales”¹⁰¹. También Flat se siente observado por ojos femeninos: “En las terrazas de las casas, o bien sentadas en el centro de su patio, aparecen algunas mujeres que fijan en usted sus ojos lánguidos, llenos de extrañeza y de misterio”¹⁰²; mas será el ornato de sus cabellos lo que resalta Bazin: “Un pequeño goce surge de los piquetes de flores que las mujeres colocan en sus cabellos: dos rosas, tres ramitas de clavel y, sobre todo, jazmín blanco”¹⁰³.

Robida observa, por otra parte, el encanto de las costureras en el interior de los patios:

*“Nada es más encantador que ver, con las puertas entreabiertas talleres de sastres o de costureras instalados en esos patios de mármol, a la sombra de esas columnatas de mármol, donde mujeres a menudo bonitas de cabellos negros, de tez mate y ojos chispeantes, están sentadas por grupos, teniendo todas pinchadas en su cabellera, atadas al corsé y a veces incluso alrededor de ellas, rosas, claveles, flores de todos los matices, de todas las formas y de todos los esplendores, pero todo con un arte que no inventa el arte, que sólo la naturaleza da, que se convierte en genio, a fuerza de ser ingenuidad”*¹⁰⁴.

Y continúa aportando más detalles:

*“Normalmente van ataviadas con vestidos claros estampados con colores alegres, con pequeñas pañoletas de un tono vivo entreabiertas sobre el pecho, y este conjunto de adorno destaca con el brillo de la piel, suaviza y armoniza el lustre de los mármoles, hace vibrar el negro de los cabellos y el destello de las flores; añade a eso las poses ágiles, llenas de gracia, pero también de energía, de las manos y de los pies de las españolas, mezcla de la raza árabe y de la raza ibérica... Eso os recuerda la escuela árabe de Delacroix o las pinturas de Decamps”*¹⁰⁵.

El marqués de Custine describe detalladamente a los jinetes que cabalgan por la ciudad: “Tienen la tez lisa pero tostada, como el árabe, ojos penetrantes, talla esbelta; sus movimientos son vivos y ligeros, su traje es de una elegancia tanto más sorprendente en este singular país donde todo parece descuidado, menos la vestimenta. Su marcha es tan graciosa, tan libre como el garbo de sus corceles andaluces”. Así como el traje andaluz que aparece con sus variantes, según la fantasía de quien lo lleva:

“Un sombrero de fieltro gris en pilón cuyos bordes están levantados y tienen como adorno una orilla de terciopelo negro. La forma puntiaguda está igualmente rodeada de una faja de terciopelo negro; por un lado, en el borde del sombrero, se ve una pequeña borla de seda negra que emerge y se parece a una oscura escabiosa y que hace al sombrero pintoresco. La chaqueta redonda y corta es de terciopelo verde, con cordones de oro en los ojales, especie de brandeburgo acabados, no sin gracia, con un manojo de ceñidores de oro. El calzón es de piel blanca, con una trencilla verde imitando el bordado y aplicada en la costura exterior; en las jarreteras cuelgan nudos semejantes a la trencilla. Polainas de cuero amarillo, bordadas siempre con hilos de seda y abotonadas abajo y arriba de la pierna pero abiertas en el lugar de la pantorrilla”, “en Córdoba, pues el menor pequeño

101 Porcher: *op. cit.*, p.186 y 187.

102 Flat: *op. cit.*, p. 37.

103 Bazin: *op. cit.*, p. 222.

104 Robida: *op. cit.* p. 157.

105 *Ibidem*, p. 158.

propietario, el hombre que puede vivir sin trabajar, o al menos trabajar sólo dos o tres días por semana, está vestido el resto del tiempo como el joven caballero cuyo atuendo os describo". Y no olvida tampoco el caballo "hermoso corcel andaluz, fiero y dulce" que "tenía la cabeza y la crin adornadas de lazos color del traje de su dueño; una silla a la turca cuyos estribos eran, como en la Berbería, una especie de paletas cortantes que sirven de espuela al jinete"¹⁰⁶.

Pero, ¿cuál es la situación económica que se vive en la ciudad? A pesar de los escaparates de joyería o de porcelana que Claretie descubre en el fondo de algunos patios, afirma que en realidad "la industria es pequeña y que la miseria es tenaz"¹⁰⁷. Visión pesimista que reitera Dory: "Nada de comercio ni de industria; las plazas están desiertas, la hierba crece entre los adoquines y el viento agita tristemente los bejucos y los alhelíes salvajes que coronan los palacios"¹⁰⁸. También Porcher considera mediocre la industria y poco activo el comercio¹⁰⁹.

Por su parte, Bory de Saint-Vincent¹¹⁰ y Laborde consideran la orfebrería como el principal comercio de Córdoba. Éste último afirma que "las platerías mantienen en el día su crédito, y sus obras son estimadas por su delicadeza, a la que pocas naciones pueden llegar"¹¹¹. Tanto este arte como el de los célebres cueros de Córdoba serán objeto de estudio por parte del barón Davillier¹¹².

Con respecto a los famosos cordobanes, Belloc se limita a hablar de su importancia histórica y de los bellos ejemplares que se pueden encontrar en Francia, sin describir la realidad del momento: "Es de Córdoba de donde venían en otros tiempos al resto de Europa aquellos bellos cueros dorados y cubiertos de ricos arabescos que adornaban las galerías feudales de nuestros antepasados"¹¹³. Al preguntar por ellos, no obtienen respuesta ni Boileau¹¹⁴ ni G.H, y éste afirma que abundan por todas partes, excepto aquí en Córdoba. Por lo que nos remite a su país: "cuando los quieran ver muy hermosos, muy anteados, muy espesos, de un lujo excesivo, vayan al castillo de Ferrières, en Seine-et Marne. Los Rothschild no tienen el monopolio de ellos, pero sí un bonito lote"¹¹⁵.

Bégin alude además a nuestra carpintería que cuenta con los artistas más cualificados: "Los obreros, solamente con sus cueros llamados *cordobanes*, con la guarnicionería y la carpintería rivalizan en inteligencia con los mejores obreros de las ciudades manufactureras. Pero a medida que el comercio ha declinado, las facultades de los trabajadores han parecido embotarse"¹¹⁶.

Un panorama más atractivo es el que nos ofrece Quétin con una "orfebrería muy

¹⁰⁶ Custine: *op. cit.*, p. 183.

¹⁰⁷ Claretie: *op. cit.*, p. 279.

¹⁰⁸ Dory: *op. cit.*, p. 88.

¹⁰⁹ Porcher: *op. cit.*, p. 188.

¹¹⁰ Bory de Saint Vincent: *op. cit.*, p. 557.

¹¹¹ Laborde: *op. cit.*, p. 414.

¹¹² Jean Jacques Davillier: *Notes sur les cuirs de Cordoue, guadamaciles d'Espagne...* Davillier. París, A. Quantin, 1878; *Recherches sur l'Orfèvrerie en Espagne au Moyen Âge et à la Renaissance. Documents inédits tirés des archives espagnoles.* París, Quantin, 1879. De esta última obra se puede ver una traducción de la parte que se refiere a Córdoba en F. Aguayo Egido: "La orfebrería cordobesa en la obra del barón Davillier". *Boletín de la Sociedad de Plateros*, Córdoba, n.º 23 (junio 2004) p. 26-30 y n.º 24 (enero-febrero 2006) p. 36-38.

¹¹³ Belloc: *op. cit.*, p. 132.

¹¹⁴ Boileau: *op. cit.*, p. 87.

¹¹⁵ G. H: *op. cit.*, p. 87 y 88.

¹¹⁶ Bégin: *op. cit.*, p. 447.

activa y muy célebre, hilos muy finos y rebuscados, cueros que han recibido el nombre de Córdoba, vinos, aceite, naranjas y caballos los más famosos de España”¹¹⁷.

Curiosamente, Graux, un viajero de finales del siglo XIX, tiene elogios para los barberos: “Me he afeitado esta mañana, aquí, en Córdoba, divinamente bien, y en una peluquería de pobre apariencia. Me agrada ser afeitado por un acero andaluz”¹¹⁸. Lo que nos trae al recuerdo aquel párrafo de Gautier al abandonar nuestra ciudad a mediados de siglo: “Una vez visitada la catedral, nada más nos retenía en Córdoba, donde la estancia no es de las más recreativas. La única diversión que puede tomarse allí un extranjero es ir a bañarse al Guadalquivir, o ir a afeitarse en una de las numerosas barberías que hay en las proximidades de la Mezquita, operación que realiza con mucha habilidad, valiéndose de una navaja de afeitar enorme, un barberillo encaramado en el respaldo de un gran sillón de roble en el que os hace sentar”¹¹⁹.

Finalmente, Robida da cuenta de las tiendas de zapateros en los alrededores de la Catedral: “Cuando estuvimos en una de las callejuelas del otro lado de la Puerta del Perdón, nos vimos asaltados por una banda de chiquillos que se disputaban el honor de conducirnos a nuestro hotel, al mismo tiempo que permanecíamos estupefactos por el número de zapateros que llenaban los tenderetes de todas aquellas casas”¹²⁰.

En lo que respecta a nuestras fiestas entresacamos algunas alusiones a la Semana Santa y a los bailes populares.

Flat observa con asombro las procesiones alrededor de la Mezquita con esa mezcla de lo árabe y de lo cristiano:

*“Hoy es Viernes Santo: procesiones dan la vuelta a la Mezquita, precisamente por la parte que sigue siendo completamente musulmana y que no fue tocada. ¡Cosa singular y desconcertante que esta pompa católica, estos niños de coro con vestidos rojos, estos sacerdotes con resplandecientes casullas que llevan la hostia cristiana en medio de este decorado exclusivamente morisco! Alrededor, la muchedumbre se abalanza a su paso y se inclina bajo sus bendiciones. Las creencias de otros tiempos no eran indudablemente más groseras, al menos en el alma del pueblo, y no sé por mi parte si no prefiero, al cristiano de nuestros días, el musulmán que se vuelve hacia la Meca salmodiando sus oraciones: por lo demás, no veo que entre ellos haya grandes diferencias”*¹²¹.

El marqués de Custine tiene ocasión de presenciar en la plaza principal un baile del bolero, en el que intervienen los mismos danzantes que aquella misma mañana participaron en la procesión de la Cruz de mayo:

“Los danzantes que hoy he visto eran las mismas personas que esta mañana llevaban las insignias en la procesión de la Santa Cruz del mes de mayo, fiesta que yo no conocía. He observado que estos danzantes ejecutaban movimientos vivos pero sin gracia; se acompañan con castañuelas saltando al sonido de una monótona música. Mucha gente estaba reunida en la plaza para asistir a aquel espectáculo verdaderamente español. Vi allí a varios sacerdotes. El sistema religioso se acomoda aquí perfectamente con la mezcla de las cosas consideradas profanas entre nosotros y de las cosas sagradas. Lo que los sacerdotes españoles

¹¹⁷ Quétin: *op. cit.*, p. 392

¹¹⁸ Graux: *op. cit.*, p. 338.

¹¹⁹ Gautier: *op. cit.*, p. 330. También Robida confirma esta abundancia de peluquerías en los alrededores de la Mezquita en *op. cit.* p. 172.

¹²⁰ Robida: *op. cit.*, p. 172.

¹²¹ Flat: *op. cit.*, p. 33 y 34.

temerían sobre todo para la religión es ese acatamiento con el cual la echamos a la calle en Francia haciéndole la reverencia. Aquí está en la base de todo, se mezcla con todo, y como no se excluye de nada, ella modifica todo"¹²².

También Belloc describe otro baile de bolero en la Sierra, ejecutado por gitanos:

"Los músicos acuden y, a los primeros toques de guitarra, castañuelas responden entre la troupe. Avanza una gitana, después una segunda, una tercera y vienen hasta seis que se ponen a bailar con su traje de llamativos colores. La más bella, una jovencita alta, de paso indolente, tenía unos grandes ojos negros aterciopelados, de mirada melancólica.

En el rostro de más de una de estas gitanas, reconocemos las líneas del tipo egipcio y en su danza, un poco monótona, cierta analogía con la de las almeas.

Nada más simple que su baile; dos de ellas se separan mientras que las otras, agrupadas aparte, se preparan para acompañarlas cantando y ellas mismas se acompañan, golpeando con sus manos. Mientras que recitan, en un idioma que poca gente comprende hoy, alguna historia tierna, las que están en escena giran sobre ellas mismas elevando sus brazos, y adquieren mil posturas diversas, mientras que sus ojos parecen buscar entre los espectadores una mirada que responda a la caprichosa movilidad de sus impresiones.

La que se siente fatigada se detiene y vuelve al grupo de sus hermanas; pronto la sustituye otra en el baile y todas toman parte sucesivamente. Es probable que los pasos así como las voces describan también algún misterio de amor, cuyo secreto se ha perdido con el tiempo"¹²³.

Improvisado también por otro grupo de gitanos, un baile de fandango surge en la Posada del Puente, en presencia de Quinet:

"Volví a mi posada extenuado y encantado. La encontré atestada de felices gitanos que viajaban en una galera. Apenas había llegado la guitarra resonaba; una mujer tocaba castañuelas, otras cantaban. En este improvisado concierto dos chicas bailaban el fandango. En la disposición de espíritu en que yo estaba, aquellas almeas me parecieron fácilmente incomparables de gracia y de indolencia. El resto de los viajeros, sentados en el suelo formaban el círculo"¹²⁴.

Otros espectáculos musicales que tienen ocasión de presenciar los viajeros en Córdoba, nos informará Charles Graux, serán las zarzuelas en el "amplio y magnífico" Teatro Nuevo (de 1873) y en el Círculo de la Amistad:

*"Por la noche los señores van al Círculo. Ocho o diez salas, de las cuales varias inmensas, dos patios...; edificio nuevo aún no adquirido en su totalidad; admirable salón de baile, con la altura de dos pisos, grandes espejos; un edificio... que vale más de un millón y medio, aunque el terreno sea barato en Córdoba... No se comprendería que 500 miembros a 60 francos por año hayan podido bastar para semejantes gastos. Parece que se juega aquí y el Círculo, tomando un tanto por ciento de las apuestas, llegó incluso a recaudar 300 ó 400 francos por día. Hay allí dos pianos de cola, de los cuales uno americano, que es el que figuró en la Exposición Universal de 1867 y se ha llevado la palma. El profesor de Música de aquí, quien forma parte del Círculo, tocaba anoche el piano... ¡Es bastante bueno!"*¹²⁵

¹²² Custine : *op. cit.*, p. 179.

¹²³ Belloc: *op. cit.*, p. 134 y 135.

¹²⁴ Quinet: *op. cit.*, p. 205.

¹²⁵ Graux: *op. cit.* p. 339, 350 y 351.

En los relatos de viajeros franceses del siglo XIX encontramos referencias a casi todos los monumentos de la ciudad, si bien nos vamos a centrar en la Mezquita-Catedral. Pues, como afirma Juan Aranda Doncel, raro es el viajero que pasa por nuestra ciudad y no le dedica en su relato un párrafo a nuestro monumento más emblemático, siendo también muchos quienes tienen elogios para las Caballerizas Reales¹²⁶.

Por otra parte, Nieto Cumplido escribe que, a pesar de que los viajeros de los siglos XVII y XVIII nos ofrecen textos sobre la Mezquita de escaso valor informativo, recurriendo a los escritos de Gayangos, José Antonio Conde y Ambrosio de Morales, la labor de los arabistas permitiría que Charles Davillier en 1862, pudiese conseguir “un esbozo histórico-artístico del edificio muy aceptable, cercano ya a la investigación científica que arrancarían de estos mismos años”¹²⁷.

Ya el acceso a la Mezquita, es decir el Patio de los Naranjos, es sorprendente para muchos viajeros, considerado también como un lugar sagrado. Davillier, toma de Antonio Ponz, aquella anécdota del grupo de caballeros armados que llega a la posada de un pueblo de Teruel y, al entrar, gritan todos a la vez: “¡Alabado sea el Patio de los Naranjos!”¹²⁸

De ahí que Cordier escriba: “Uno de los lugares más deliciosos que he visto en toda España, es decir, uno de los que más me han encantado... ¡Allí se encuentran las brisas embalsamadas de las flores, unidas a los perfumes del incienso y de la cera virgen, que escapan del templo por la puerta entreabierta y que hacen, con su misteriosa mezcla, soñar a la vez con la tierra y con el cielo! ¡Es un vestíbulo del Paraíso!”¹²⁹

Lugar también de los más frecuentados por la sociedad cordobesa, según Cuendias: “La Mezquita tiene un jardín, a donde la élite de la población cordobesa se dirige cada día. Monjes, clérigos, gente de la justicia, mujeres de la alta sociedad, costureras, obreros elegantes y leones, nadie faltará allí”. Se pueden ver desfilar “a apopléticos canónigos que no saben leer, a graves magistrados que no tienen idea de las leyes de su país, a bravos hidalgos que creen, como en otros tiempos, que los franceses son sus antípodas, que los ingleses gorjean en vez de hablar y que más allá de Sierra Morena está el caos..., al diestro ratero o al alguacil hambriento; el primero para quitar la bolsa al prójimo, contrariamente a la ley; el otro para quitarle la bolsa y la libretas, conforme al código penal”¹³⁰.

La mayor parte de viajeros franceses del XIX expresan sus quejas por la construcción de la catedral cristiana en el centro de la Mezquita. Algunos con expresiones fuertes como Charles Graux, quien trata de “bárbaros” a los canónigos del siglo XVI. Su crítica se extiende al cabildo decimonónico por las dificultades que le impuso para acceder a la biblioteca de la Catedral cordobesa. Habiéndose informado por los escritos del alemán G. Heine de que ésta contenía unos doscientos manuscritos, deseaba comprobar personalmente si entre ellos se encontraba alguno griego. A pesar de contar con varias cartas de recomendación para el canónigo Penitenciario, hubo de soportar tres días de múltiples trabas hasta conseguir finalmente pasar media hora en la biblioteca capitular buscando los citados manuscritos entre más de dos mil volúmenes¹³¹.

¹²⁶ J. Aranda Doncel: “La Mezquita de Córdoba a través de los viajeros extranjeros de los siglos XVII y XVIII”. *Homenaje a Manuel Ocaña Jiménez*, Córdoba, 1990, p. 34.

¹²⁷ M. Nieto Cumplido: *La Catedral de Córdoba*. Córdoba, Obra Social y Cultural de Cajasur, 1998, p. 325 y 326.

¹²⁸ Davillier: *L'Espagne...* p. 438 y 439.

¹²⁹ Cordier: *op. cit.*, p. 303-308.

¹³⁰ Cuendias: *op. cit.* p. 325 y 327.

¹³¹ Graux: *op. cit.* p. 339-347.

Pero también hay quienes aprovechan la visita para llevar a cabo una defensa del catolicismo frente al Islam. El abate Godard admira también el coro en sus elogios a la Mezquita, la que le resulta “incomparable, porque es en su género un monumento que puede considerarse único”¹³², al mismo tiempo que nos recuerda “que los primeros califas de España llamaban de Oriente a los obreros griegos y echaban mano de los judíos y de los cristianos sometidos, más avanzados que los musulmanes en el conocimiento de las ciencias y de las artes”¹³³. Y, tras hablar de los mártires de la época de dominación musulmana, tiene duras palabras contra el Islam:

*“Era en la época de las masacres de Siria (1860); los relatos de las abominables crueldades ejercidas por los drusos llenaban las hojas públicas; el grito de dolor y de venganza de los miles de víctimas cristianas había repercutido en el fondo de nuestros corazones. Prosternados sobre el pavimento de la mezquita donde ahora reina Cristo, conjuramos al Cielo, por la Hostia tres veces santa, de aniquilar por fin la sangrienta impostura del mahometismo, y entregar a la Iglesia, en todas partes como en Córdoba, las mezquitas sacrílegas”*¹³⁴.

Dory, otro clérigo, tiene elogios tanto para la parte musulmana como para la cristiana “digna de admiración en todos los aspectos... una obra de arte del Renacimiento”¹³⁵. Dice que los cordobeses opinan que “si la Mezquita no se hubiera transformado en Catedral, el tiempo ya hubiera dado cuenta de ella como de los otros monumentos árabes”¹³⁶. También le conmueve la devoción al crucifijo que observa en todas las iglesias cordobesas, llamándole la atención especialmente el lienzo de la *Prensa Mística* de Agustín del Castillo en la iglesia de San Francisco: “Imposible explicar de una manera más expresiva la obra continua de la Redención”¹³⁷.

Para Challamel la Mezquita-Catedral es como un libro: “Es toda la historia religiosa de España, desde los tiempos más remotos”¹³⁸. En su visita asiste a una misa que le va a servir tanto para observar las costumbres de los fieles como para hacer algunas reflexiones sobre el catolicismo en España, aquí mezclado con lo oriental:

*“Algunos tapices redondos, de junco o de paja, son arrojados por aquí y por allá sobre las baldosas: apenas se perciben una docena de bancos de madera para las personas achacosas... Hombres y mujeres se arrodillan o se sientan a la oriental sobre aquellas esterillas. La mayor parte de las señoras van escotadas, como si se pasearan por el prado... sujetando con la mano izquierda su libro de oraciones, y con la derecha su indispensable abanico... Aparte de algunos viejos que recitan el rosario y algunos caballeros que no han abandonado la religión de sus padres, os encontráis en las iglesias personajes conversando, escupiendo, tosiendo, paseando y mirando a las mujeres... Queda una última distracción que, afortunadamente, no hay que temer entre nosotros. Los perros entran a las iglesias, tanto en Córdoba como en Madrid”*¹³⁹.

Y no mucho más edificante es lo que observa en el altar:

“Aquel sacerdote leía y hablaba excesivamente deprisa, y apenas se volvía para pronunciar los dominus vobiscum, a los cuales respondía con un descuido

¹³² Godard: *op. cit.*, p. 199.

¹³³ *Ibidem*, p. 198.

¹³⁴ *Ibidem*, p. 204 y 205.

¹³⁵ Dory: *op. cit.*, p. 93 y 94.

¹³⁶ *Ibidem*, p. 93.

¹³⁷ *Ibidem*, p. 96.

¹³⁸ Augustin Challamel: *Un été en Espagne*. París, Challamel, 1843, p. 127.

¹³⁹ *Ibidem*, p. 129 y 130.

imperdonable el monaguillo de servicio. El porte de los oficiantes de la iglesia era extremadamente caballero, y uno de ellos llevaba bigote. Los sacristanes hablaban casi en voz alta sobre los preparativos que tenían que realizar para los oficios. En una palabra, había desorden en el conjunto de la gente que se encontraba allí, asistentes y oficiantes... A la salida se escuchó el órgano: eran aires poco religiosos, reminiscencias de los aires de óperas francesas o italianas”¹⁴⁰.

Mas sí encuentra gran devoción en aquel burgués, famoso soldado de la Guerra de la Independencia, que “hacía penitencia por haber apuñalado, en un ataque de celos infundado, a un oficial del ejército del mariscal Soult”¹⁴¹.

Así pues, hemos visto que, si en España Andalucía resultó un importante foco de atracción de los viajeros del XIX, fue Córdoba una de las ciudades más seductoras por la Mezquita y otros monumentos que les permitieron soñar con la época de su mayor esplendor. Ya con la contemplación de nuestro monumento más emblemático se dieron por satisfechos de las penalidades del viaje. Aquí encontraron una población más viva que la que dejaron atrás, con numerosos ingredientes para el drama y para despertar su imaginación. Con un clima y una situación geográfica favorables, pudieron disfrutar contemplando las maravillas de una ciudad agradable y pintoresca bañada por el Guadalquivir, sorprendidos a la vez ante el hambre y la pobreza de muchos de sus habitantes, cuya elegancia, misterio y seducción también supieron descubrir en esta ciudad de apariencia morisca donde se saborea el silencio por sus calles tortuosas, desiertas y estrechas.

Son diferentes visiones que sobre Córdoba nos han ofrecido los viajeros franceses del siglo XIX. Aunque algunas de ellas pueden habernos resultado extrañas, sin embargo, consideramos que el mirar a Córdoba con los ojos de estos visitantes extranjeros nos permitirá también completar nuestra propia visión de la ciudad.

¹⁴⁰ *Ibidem*, p. 131.

¹⁴¹ *Ibidem*, p. 132.